



De Recuerdo de Ypacaraí (Demetrio Ortiz y Zulema de Mirkin)

*Una noche tibia nos conocimos
junto al lago azul de Ypacaraí.
Tú cantabas triste por el camino
viejas melodías en guaraní.*

*Y con el embrujo de tus canciones
iba ya naciendo tu amor en mí,
y en la noche hermosa de plenilunio
de tus blancas manos sentí el calor
que con sus caricias me dio el amor.*

*¿Dónde estás ahora, kuñataí
que tu suave canto no llega a mí?
¿Dónde estás ahora?
Mi ser te añora con frenesí.*

*Todo te rec uerda dulce amor mío
junto al lago azul de Ypacaraí
todo te recuerda,
mi amor te llama, kuñataí.*

Fotografía: Roberto Dam © 2007

Así es...
El lago

azul
de Ypacaraí

Por José Pérez Reyes

EL CIELO TODAVÍA ES azul en Ypacaraí. Por eso quizás, porque el cielo se refleja en sus aguas, el lago cercado de cerros desprende un color azul verdoso, bajo un cielo que ostenta limpidez.

La licencia poética que habla de un lago azul en la canción *Recuerdo de Ypacaraí* no estará tan vigente, dada la contaminación del lugar, pero el tema sigue sonando en el mundo como una postal musical del Paraguay, aunque principalmente como la obra más emblemática de un músico paraguayo, Demetrio Ortiz (1916-1975). Esa célebre composición es la canción paraguaya más conocida en el extranjero, una guarania que trascendió fronteras. Innumerables versiones, hasta en distintos idiomas, han surcado sus notas musicales como los botes que surcan el lago.

La versión original, compuesta en 1946 por Demetrio Ortiz, tenía letra en guaraní y evocaba una anécdota que le tocó vivir en San Bernardino cuando, según me cuenta María Esperanza Ortiz, hija única del compositor; estaba hospedado en un hotel después de las actuaciones. Una tarde, vio a una joven a quien saludó, y ella respondió con una sonrisa. Ortiz la siguió hasta su casa y cuando la vio salir nuevamente, le habló durante un breve trayecto.

Fue así que supo que ella había presenciado su actuación la noche anterior, porque le gustaba la música paraguaya, y quedó sorprendido al escuchar lo que ella le cantó allí mismo, al entonar las *viejas melodías en guaraní* que luego citaría en la letra.

De esa conversación breve, adornada por los cantos de la muchacha, quedó también la promesa de volver a conversar en Asunción, pero eso no ocurrió porque poco tiempo después de ese encuentro llegó la revolución de 1947 y, en pleno caos, Ortiz partió a Buenos Aires. Nunca más volvieron a verse. Ignoraba también qué destino pudo haber tenido la joven. Jamás dijo su nombre. Con todo aquello, ya lejos de su patria, en un momento triste, Ortiz creó *Recuerdo de Ypacaraí*, así, con el título en singular, según aclara su hija María Esperanza.

La *kuñataí* (muchacha, en guaraní) que inspiró esta canción es un verdadero misterio, así que el verso aquel de *¿dónde estás ahora, kuñataí?*, seguirá vigente por siempre.

El futuro músico Demetrio Ortiz debió desempeñar múltiples oficios

El escritor paraguayo José Pérez Reyes visitó el lago inmortalizado en la canción *Recuerdo de Ypacaraí*, y descubrió que el azul de sus aguas pelagra por causa de la contaminación.

María Esperanza Ortiz.
hija del autor de la canción,
preserva el museo en su
honor. A pesar de que el lago
del tema recibe a diario todo
tipo de desechos, la gente se
sigue bañando en él.

hasta que se encontró con una guitarra destrozada que fue arrojada a la calle después de una pelea. Con ella, ya remodelada, pasó por diversas agrupaciones y giró por muchos países. Su primera composición es la guarania *Mis noches sin ti*, dedicada a su madre; otra canción conocida es *Esperanza mía*, muy apreciada en Colombia, según me han dicho. Incursionó también en otros escenarios escribiendo una obra de teatro en guaraní, de contenido social, que enfoca el drama vivido por los paraguayos en la revolución del 47. Su autobiografía, publicada en 1986, se reeditará en breve.

Aquella guitarra, que Ortiz apodó “la morena”, era su favorita y siempre componía con ella en sus

manos. No es de extrañar que hoy sea la pieza central del museo familiar que preserva María Esperanza. En una esquina nos observa el autorretrato del compositor; en la otra, una pintura del lago hecha por él, acaso añorando su país desde lo lejos.

Le llevó algunos traspiés a *Recuerdo de Ypacaraí* llegar a ser lo que es. Al principio, los músicos creían que se trataba de un bolero y no entendían muy bien su musicalidad. Algunos de ellos, incluso, hasta se negaban a interpretarla. Con el tiempo, para los músicos paraguayos que trabajaban realizando presentaciones en el extranjero, esta guarania llegó a ser algo así como el sello infaltable de su pasaporte.

Después de la primera composición en guaraní, entre 1948 y 1950 Ortiz le puso la letra en castellano creada por la argentina Zulema de Mirkin, a quien el autor narró su anécdota inspiradora para ser incorporada como un nuevo texto. Poco a poco, la canción fue remontando épocas y países y se volvió ineludible en todos los repertorios. En Paraguay jamás deja de oírse: está presente tanto en las primeras lecciones de música de las escuelas como en toda gala folclórica que se respete.

Paradójicamente, la autora de los versos vería el lago Ypacaraí, por primera vez, en el año 1995, en el otoño de su vida. Seguramente sintió tristeza por tardarse tanto tiempo para venir a un lugar que ya estaba unido a su nombre. Y aunque el paisaje no ha perdido belleza, es de suponer también que le habrá causado pena ver el estado en que se encuentra el lago.

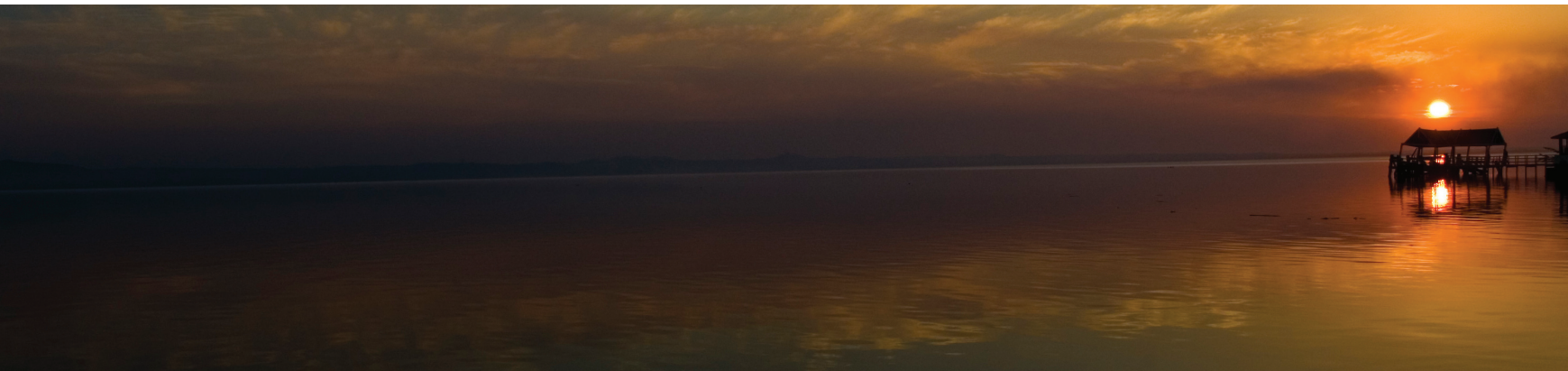
Es que la imagen del cuerpo de aguas refulgentes ya no es la misma que idílicamente menciona la canción. Rodeado de serranías que convierten al lago en una profunda olla receptora, ya no tiene la misma profundidad media, que era de tres metros, y la condición de sus aguas empeora, porque los humedales y las concentraciones de plantas acuáticas como el pirí y que existían en el área de las bocas de los arroyos, están desapareciendo. Para complicar más la situación, los arroyos alimentadores van perdiendo caudal por la sedimentación y los desvíos artificiales de sus cauces.

Alrededor del lago destacan tres ciudades. Areguá, la primera de ellas, es una apacible villa veraniega de antaño con hermosas casonas, con abundancia de fresas y piezas de alfarería. La otra es San Bernardino, la villa veraniega en Paraguay, muy concurrida en época vacacional. Durante el verano, sus playas son tomadas por marcas de cervezas, gaseosas y cuanta empresa pretenda animar a los consumidores. Tanta “sana competencia” no solo satura las vacaciones con la misma oferta banal, sino que además contribuye al aumento de la contaminación en los alrededores del lago. Al otro lado está Ypacaraí,



El lago parece aletargado. Hay calma, pero el lugar necesita ser saneado y revitalizado. Se ven

Debido a las características del ecosistema



Antes de retirarnos de la costa, escuchamos ladridos y gruñidos. Se agita la arena durante una pelea de perros. La escena me trae a la memoria a las autoridades que solamente pelean por un cargo público (zoquete, le decimos aquí), las mismas que para evitar que se diga que nada hacen por mejorar

Pero, ¿quién salva el lago? ¿Alguien por aquí alzó la mano? Seguramente algún candidato político, como no, a la espera de obtener votos para las elecciones generales del próximo año.